

jos, y llamada á deliberar sobre todas las leyes y á votar el presupuesto; fiscalizacion eficaz de los gastos locales por Consejos provinciales, recibiendo su delegacion de los Consejos municipales que tambien sean nombrados por los electores conforme al edicto del 24 de noviembre de 1850; reforma judicial con la promulgacion de un código de leyes civiles modelado en el código Napoleon, el lombardo-véneto ó el de Nápoles; recaudacion regular de las rentas públicas con la organizacion del cobro de la contribucion como existe en Francia; y finalmente, reconciliacion de todas las clases y opiniones con el uso ilustrado y paternal de la clemencia respecto de todos los que quisieran prestar respetuosa sumision al Soberano Pontífice.

Tales eran las bases del proyecto enviado desde Paris á Viena en el mes de junio de 1857. El gobierno austriaco las modificó en extremo, y sometió á su vez un contraproyecto en que habian desaparecido casi todas las garantías de fiscalizacion propuestas por la Francia.

La Francia pensó entonces con razon que valia mas no hacer nada que unirse al Austria para dar en el vacío y engañar la esperanza de los pueblos con simulacros de reformas, cuando sus intereses mas esenciales reclamaban formales mejoras.

Estamos convencidos de que el Austria, al negar su cooperacion á reformas formales despues de admitir su principio, ha cedido á un sentimiento político que no podremos vituperar, pero que debemos hacer constar. No pudiendo hacer reformas en sus provincias italianas, tampoco puede permitir que se hagan en los demás puntos de Italia. Así lo comprendió perfectamente en 1815 cuando prohibia al rey de Nápoles, por el artículo que hemos citado ya, admitir "cambio alguno que no pudiera conciliarse con los principios adoptados por ella para el régimen interior de sus "provincias italianas." M. de Metternich, con ese golpe de vista que caracterizaba á aquel hombre de estado, sentaba de este modo el principio de la situacion que se ha producido despues y que no puede dejar en adelante ilusion alguna.

Pedir al Austria que aplique á la Lombardia un régimen mas suave y mas liberal, fuera proponerle un suicidio. Es indudable que solo por la fuerza puede sostenerse su dominacion en la alta Italia, pues cualquiera libertad que diese á este pais conquistado, seria un arma de que se serviria para emanciparse. Pero no se reduce á esto todo, como tan bien lo comprendió M. de Metternich en 1815: colóquese á los Estados Romanos, á Nápoles y á Toscana en condiciones administrativas mejores, y el primer efecto de este

cambio será necesariamente el crearse entre estos estados y la Lombardia un lazo cuya intimidad conocerá inmediatamente el Austria.

Así pues, el Austria se veria amenazada en Italia, no tan solo por las reformas que haria en sus provincias, sino tambien por las que se realizaran en los estados independientes, y por lo tanto está condenada á oponer una resistencia inflexible contra toda innovacion, porque la inmovilidad es la condicion absoluta de su poder. Es por consiguiente imposible obtener su cooperacion, pero sin ella no se hará nada en Roma, en Nápoles, en los ducados, en donde quiera que se tema su poder ó se siga su impulso. Es preciso, pues, venir á parar á la triste conclusion de que son estériles los deseos del Congreso de Paris para mejorar el gobierno de la Península, y que son impotentes las negociaciones cuya iniciativa tomó la Francia despues del Congreso. Pero estas negociaciones sin resultado patentizarán al menos el deseo sincero de que estaba animado el gobierno del emperador para poner remedio á una situacion purjudicial al reposo de Europa y á los intereses de la civilizacion.

X.

Entre la imposibilidad de una reforma y los peligros inminentes del *statu quo* ¿qué queda á la Italia? ¿Cómo saldrá de este conflicto?

¿Acaso por el recurso desesperado de una revolucion? Este medio no seria tan solo peligroso, sino impotente. Demostremoslo de una vez.

Son iguales las pasiones y las ilusiones de los revolucionarios exaltados de todos los paises, pues desvanecidos por sus ideas y estraños á las cosas reales, sustituyen naturalmente con sus quimeras ó sus deseos las certezas mas palpables. Así es, por ejemplo, que se han figurado mucho tiempo y se figuran aun que no hay cosa mas fácil que sublevar la Italia, espulsar de ella al Austria y rechazarla de allende los Alpes. Esta opinion revela de parte de los que la profesan mas ignorancia que presuncion. La mas simple noticia de las fuerzas militares del Austria y de sus posiciones estratégicas basta para desvanecerla. Sentamos como principio, sin temor de que nos desmienta persona alguna competente, que aunque toda la Italia fuera revolucionaria desde el golfo de Tarento hasta los Alpes, el ejér-

cito austriaco podría sufrir indudablemente derrotas parciales, pero que en último resultado siempre le sería fácil apoderarse nuevamente de la Península.

En efecto, las revoluciones producen hombres de entusiasmo, pero no forman en un día soldados aguerridos, organización militar sólida ni el inmenso material necesario para luchar con un Estado de primer orden como el Austria. La Italia no podría defender por sí sola su independencia si no fuera capaz de poner en campaña 200,000 hombres bien disciplinados, de los cuales fueran 20,000 de caballería, con 500 piezas de artillería de campaña y 200 de sitio, lo cual exige cerca de 50,000 caballos. Esta simple enumeración demuestra que para producir semejante poder militar se necesitarían al menos diez años de un gobierno fuerte y enérgico.

Es preciso reconocer también que la naturaleza ha contribuido en extremo á proteger la dominación austriaca en Italia, y que todo lo que ha hecho la naturaleza lo ha fortificado y aumentado además la mano del hombre. La alta Italia es una gran llanura limitada al norte por los Alpes, al mediodía por los Apeninos, y al este y al oeste por el mar, y cortada, además, por grandes ríos profundos y de orillas pantanosas, como el Tessino, el Pó, el Adda, el Mincio, el Adige, el Brenta, el Piave, el Livenza y el Tagliamento. Todos estos ríos ofrecen admirables líneas de defensa al Austria que ha cubierto sus pasos principales con plazas que el arte ha hecho casi inespugnables.

Supongamos que por un concurso de circunstancias extraordinarias un ejército italiano llegase triunfante hasta el Adige, y que la insurrección ganase todo el país llano, y supongamos además, lo cual es poco probable, que cayeran en poder del vencedor plazas fuertes, como Pavía, Plasencia, Ferrara, Brescia, Bresera, Pizzighetone, Peschiera, Mantua, Milan, Laveno, la Roca de Anso, Peguago, Venecia, Osopo y Palma Nuova. Pues bien, aun en este caso no quedaria perdida para el Austria la partida, porque si Italia es un campo de batalla, el Tirol y los Alpes de la Corintia son sus verdaderas plazas de armas, de las que es su obra avanzada Verona con sus inmensas fortificaciones y su campo atrincherado que puede contener 50,000 hombres.

Suponiendo, pues, al Austria replegada á los Alpes, puede dejar impunemente á todo el ejército italiano gozando de su triunfo momentáneo: despues, reuniendo fácilmente nuevos ejércitos con sus ferro-carriles que van de Verona á Trieste, y de Viena á Inspruck, y por las nuevas vías que ha trazado y que desembocan de los Alpes, ya por Bassano, ya por Vicenza, ya por Verona, ya por los lagos de Idra,

de Iseo y de Como, puede caer de improviso sobre los flancos y la retaguardia del enemigo, cortarle todas las comunicaciones y rechazarlo instantáneamente al otro lado del Pó, repitiendo de este modo la maniobra victoriosa del mariscal Radetzky en 1848.

De estos hechos resulta para cualquier hombre de guerra la verdad incontestable de que la nacionalidad italiana no será jamás el resultado de una revolución, y que no podrá tener buen éxito sin un auxilio extranjero.

XI.

Si el *statu quo* es peligroso, si las reformas son imposibles, si la revolución lo es también, ¿por qué combinación los pueblos y los gobiernos de la Península se librarían de las consecuencias de la situación anormal y amenazadora que pesa sobre cada uno de ellos?

¿Debe formarse de la Italia un solo reino? La historia, la naturaleza misma se oponen á esta solución: la unidad italiana podría constituirse solamente, despues de grandes esfuerzos, por la grandeza militar ó por la tiranía revolucionaria. Desde los Alpes á Sicilia, la Península itálica presenta diferencias muy marcadas que hacen mas sensibles las divisiones, en las cuales se reproduce siempre la originalidad primitiva. Al propio tiempo que esta variedad evidente, se nota una conformidad de lenguaje, de costumbres y de intereses que se revela en todas las épocas por la tendencia federativa, pero que no va nunca hasta la fusión. Puede decirse que la unidad absoluta bajo el centro de Roma no ha sido mas que un accidente. Los romanos se vieron obligados á trasportar naciones enteras para dominar y unificar la Península. Les costó tanto tiempo hacer esta conquista como el subyugar el mundo. Tuvieron que violentar la Italia lo mismo que violentaron el universo.

Quando Napoleón I hacia un reino de Italia, obedecía á un pensamiento mas elevado que una ambición dinástica; concentraba bajo su mano poderosa las aglomeraciones dispersas para hacer brotar de ellas una nacionalidad fuerte y viril; no pensaba tanto en fundar un reino como en regenerar un pueblo.

Nadie podría recoger hoy dia la corona de hierro que cayera de su frente; esta corona sería tan costosa de llevar
ROMA.—P. 38.

como difícil de conquistar. Se trata por otra parte de tranquilizar la Europa pacificando la Italia, y no de fomentar una guerra de sucesión.

XII.

No es, pues, la *unidad absoluta* lo que debe buscarse en Italia, sino la *unión federativa*. Esta idea de *unión* se presenta como la expresión de una necesidad común á todos los estados italianos; es para ellos una tradición y una solución. Vamos á demostrarlo.

En Italia, las confederaciones parecen nacer por sí mismas como una producción natural del país. Después del imperio romano, bajo el impulso de los Papas, por la iniciativa de los Médicis, estas tentativas se renuevan sin cesar; con frecuencia son felices y gloriosas. Dante no abraza otro pensamiento cuando llama al emperador Enrique VIII á Italia, y la idea de una unión federativa inspira la palabra conmovida del Petrarca, cuando escribe á los dux de Venecia y de Génova suplicándoles que hagan pedazos las armas fraticidas y que se unan para partirse el dominio de los mares. A los que niegan la solidaridad de los estados italianos les hace esta soberbia respuesta: "No creas que podrá salvarse Venecia pereciendo la Italia, pues Venecia es un miembro de este gran cuerpo."

En otra parte, Petrarca se indigna porque en una reunión de hombres políticos hay quien se atreve á preguntar "si era útil á la Europa que la ciudad de Roma y la Italia estuviesen unidas por un interés común." Aun en las épocas más aciagas de su historia, Italia no pierde la conciencia de su porvenir. Al principio del siglo décimoséptimo, Trojano Boccalini exhorta á los príncipes de los diversos Estados á "que olviden todo sentimiento egoísta, que no abandonen la causa del interés general, y que se consideren ante el extranjero como solidarios los unos de los otros;" para obligarlos á unirse, les pinta de la manera siguiente los males que engendra el aislamiento: "Tú, estado de Milan; tú, reino de Nápoles; tú, Venecia; y tú, Roma, ¿cuál es vuestra situación? Examinad un momento y vereis que la muerte os cerca por todas partes. Os arrebatan vuestros hijos y vuestros bienes en tanto que con vuestra sangre alimentais guerras funestas."

Después del aborto de las deplorables insurrecciones de 1821 y de 1831, los hombres de estado que dirigian entonces los negocios de Europa resolvian la cuestión italiana en

dos palabras: *La Italia ha muerto*, decian. Se engañaban. Precisamente en esta época es cuando nacia esa escuela joven y vigorosa que quince años há resume y dirige todo el movimiento nacional.

Esta escuela rechazaba las conspiraciones y las sociedades secretas: invocaba en alta voz la unión de los príncipes y de los pueblos, la alianza de la religion y de la libertad; con sus publicaciones, con su influencia real sobre los ánimos, con la autoridad legitima de sus gefes ha conmovido verdaderamente la Italia: esta escuela es la que ha producido á Pio IX y á Carlos Alberto, unidos un instante por la misma causa, antes de la revolución de 1848.

La idea fundamental de esta escuela política es la que se desprende de la historia de Italia, de las aspiraciones de todos los pueblos que la componen, y que se presenta como el resultado del trabajo de los siglos: es la federación.

"La idea de la unión federativa, decia el abate Gioberti, uno de los gefes de esa escuela ilustre, lejos de ser nueva para los italianos, es muy antigua en su país; es hija de su genio, de sus costumbres, y está conforme con las instituciones y con las condiciones geográficas de la Península."

El conde Balbo, cuyo nombre está rodeado de un respeto universal, al adoptar esta idea la justificaba de la manera siguiente: "La proposición de formar una confederación italiana permanente, y de realizar así, de un modo durable, y por la mano de la política moderna lo que Italia, en las primeras fases de su desenvolvimiento social, pudo hacer solamente de una manera incompleta, es un hecho nacional."

Así fué como se acogió, cuando se formuló clara y definitivamente, para entrar en las preocupaciones de la política contemporánea, el pensamiento de una confederación de los estados italianos. Este pensamiento es pues al mismo tiempo la expresión histórica y política del movimiento italiano que reasume el pasado y el presente. Hoy día este pensamiento está arraigado en todos los espíritus prácticos de la Península, con tanta más fuerza cuantas son las pruebas que ha resistido.

Por consiguiente, lo que se queria en 1847 era la unión de los príncipes y de los pueblos, la *Confederación*, presidida por un gefe. Pero ¿quién seria este gefe? el que personifica la idea más universal y más poderosa, que reúne en el suelo de la Península los entusiasmos y los respetos que ha dado á la Italia sus artes, sus costumbres, su vida social, que ha hecho de Roma el centro de la tierra y que le asegura una segunda eternidad! Los hombres de estado

que dirigian este gran movimiento no vacilan; designaban al Papa para gefe de la confederacion italiana.

Apenas la idea de confederacion ha invadido los ánimos, los gefes de la opinion en Italia trabajan con un ardor increíble para asegurar su ejecucion. El mismo Pio IX la sancionará. Primeramente asume la forma de una liga aduanera concluida el 3 de diciembre de 1847 bajo la inspiracion del Papa. Bosquéjase despues como una liga militar cuando el rey de Nápoles y el Gran Duque se declaran prontos á unir sus tropas con las de Carlos Alberto, y finalmente se precisa y se formula en todo su alcance politico, despues de los descalabros del ejército piemontés, cuando se redactó en presencia del Padre Santo el proyecto que era su fórmula completa.

La diplomacia no podia mostrarse indiferente á una idea que debia traer consigo un cambio tan considerable en Europa. La atencion de la Francia estaba en este momento absorbida por sus disensiones civiles; pero Inglaterra seguia con una persistencia simpática el movimiento italiano. Su representante en Viena, lord Ponsomby, apoyaba con su influencia el proyecto de una confederacion. Esto es lo que se desprende de un despacho en el cual hallamos lo siguiente:

"El primer medio de poner un remedio á los peligros de la situacion de la Península, segun el honorable diplomático, consiste en el reconocimiento franco y leal de la nacionalidad italiana; no de una nacionalidad provincial que se limite á conceder como un favor á la Lombardia y á Venecia lo que el emperador ha concedido á todos los países que componen la monarquía, es decir, una administracion provincial y municipal y los derechos sancionados por la Constitucion; esto no basta; seria menester que Austria declarase que quiere contribuir con todas sus fuerzas á la formacion de la Confederacion italiana bajo las bases mas nacionales, con la condicion que esta Confederacion reconozca su estricta y permanente neutralidad, y que Europa sancione á su vez esta neutralidad como lo hizo con la Suiza en 1815.

"Esta declaracion añadia lord Ponsomby, deberia hacerse al gobierno inglés pidiéndole su mediacion, y el Papa, que, en su calidad de soberano temporal y como Gefe de la Religion católica, hallaria en esta medida los medios de salir de las dificultades que le amenazan, entre las cuales no es la menos apremiante y la menos funesta en sus consecuencias un cisma en Alemania." Este proyecto que tantas esperanzas despertaba en Italia y que, como se ve, la diplomacia inglesa sostenia con

sus votos, naufragó en la revolucion. El partido revolucionario que preparaba en Roma una sombra de república, no quiso aceptar una combinacion cuyo resultado hubiese sido aumentar el prestigio del papado, popularizar los príncipes, y consolidar el órden monárquico en Italia, reconciliándolo con el interés nacional.

Pero es curioso ver como un soberano, de cuyo testimonio no se puede sospechar, el rey de Nápoles, se adheria al pensamiento de esta grande organizacion política aun antes de que estuviese formulada. El 7 de abril de 1848, Fernando II dirigia á su pueblo la siguiente proclama: "Vuestro rey, decia, comparte con vosotros la satisfaccion que despierta en todos los ánimos la causa italiana. Aun cuando la liga no se haya efectuado aun por medio de convenios positivos, la consideramos como existente de hecho puesto que está celebrada de antemano por el consentimiento universal de los príncipes y de los pueblos, y que vamos á ver reunirse en Roma el Congreso que hemos sido los primeros en proponer, y al cual seremos tambien los primeros en enviar los representantes de esta parte de la gran familia italiana."

Las manos augustas de Pio IX se elevaban entonces para bendecir la Italia. En una magnífica alocucion en la cual el patriotismo y la fé se hermanaban en su corazon, exclamaba: "¡Qué peligro puede amenazar á Italia en tanto que un lazo de gratitud y de confianza una la fuerza de los pueblos á la prudencia de los reyes!"

El dia que se rompió esta union de la prudencia de los reyes y de la fuerza de los pueblos, todo se desvaneci6; la Italia volvió á postrarse bajo el peso de sus infortunios. Sin embargo, algo quedó de esos generosos arranques y de esos nobles impulsos que acabamos de recordar: quedó la imagen gloriosa, aunque fugitiva, de una Italia un momento regenerada por el sentimiento nacional y religioso. Para que esa imagen pudiese fijarse y convertirse en una realidad, ¿qué faltó á esa época? Le faltó lo que tenemos hoy; una Francia tranquila, fuerte, capaz de hacerse escuchar en Europa y de defender en Italia una política que le fué siempre propia, así bajo el reinado de Enrique IV, como en el de Napoleon I.

XIII.

La política francesa tiene tradiciones que no puede abandonar en ninguna época, porque están en armonía con los